

18. Y habiendo orado de nuevo, el cielo dió lluvia, y la tierra produjo su fruto.

19. *En fin*, hermanos míos, si alguno de vosotros se extravia *del camino* de la verdad, y alguno le redujere á él, *este hará una cosa muy provechosa para él mismo*:

20. *Pues* debe saber que quien convirtiere así á un pecador y le trajere de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus *proprios* pecados *con esta obra de caridad*.

Antiguo Testamento; mas la tradición podía haber conservado esta circunstancia, y aun Jesucristo habla de ella en el Evangelio. Luc. iv. 25.

Y 20. Gr. lit. salvará un alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de los pecados. Vulg. lit. salvará de la muerte el alma de este pecador, y cubrirá la muchedumbre de los pecados. Algunos ejemplares latinos leen: *suam..... suorum*; salvará su alma de la muerte, y cubrirá la muchedumbre de sus pecados.

18. Et rursum orávit et caelum dedit plúviam, et terra dedit fructum suum.

19. Fratres mei, si quis ex vobis erráverit á veritate, et converterit quis eum:

20. Scire debet quóniam qui converti fecerit peccatórem ab erróro viae suae, salvabit ánimam eius á morte, et operiet multitudinem peccatórum.

PREFACIO

SOBRE

LA EPÍSTOLA PRIMERA DE S. PEDRO.

PEDRO, por otro nombre Simon, hijo de Juan ó de Jonas, era de Betsaida, llamada tambien Juliada, ciudad de Galilea, situada mas allá del Jordan junto á la embocadura de este rio en el lago de Genesaret (1). Era hermano de S. Andres, y fué llamado por él á seguir á Jesucristo (2). Era casado y tenia su casa en Cafarnaum (3), donde se ocupaba en la pesca con su hermano Andres (4), cuando el Salvador los llamó para siempre á su servicio. S. Pedro manifestó en todas ocasiones su celo por su Maestro, y se distinguió en esto sobre todos los otros apóstoles; Jesucristo tambien le dió pruebas de una bondad muy particular; quiso que fuese testigo de su transfiguracion (5), y le declaró en otra vez que era la piedra en que queria edificar su Iglesia (6) contra la cual no prevalecerian las puertas del infierno.

Aunque S. Pedro tuvo la desgracia ó la debilidad de negar á Jesucristo en su pasion, el Salvador no dejó de darle despues de resucitado nuevas pruebas de su amistad (7); le conservó el primado sobre los demas apóstoles y le hizo expresamente gefe visible de su Iglesia, cuando despues de haberle dicho por tres veces (8), *Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos?* y respondiéndole S. Pedro por otras tantas ocasiones que le amaba, Jesus le dijo: *Apacienta mis corderos y mis ovejas*.

Despues que bajó el Espiritu Santo sobre los apóstoles, S. Pedro, como gefe de la asamblea, subió al templo y dirigió al pueblo congregado un discurso que convirtió tres mil personas (9). Pocos dias despues, como él continuaba hablando al pueblo en el templo, fué puesto en prision por el crédito y poder de los sacerdotes y de los saduceos (10); pero esto no resfrió su celo, ni abatió su valor. Obligado á comparacer ante la asamblea de los principales de la nacion, les predicó resueltamente á Jesucristo, y les dijo que era necesario obedecer mas bien á Dios que á los hombres.

No me detendré en referir aqui todas las acciones de S. Pedro; me contento con indicar las principales para conducir al lector hasta el tiempo en que el Santo escribió esta epístola. Despues de la muerte de S. Estévan, todos los fieles, ménos los apóstoles, se dispersaron y se retiraron de Jerusalem (11) Habiendo recibido los Samaritanos el Evangelio por la predicacion de S. Felipe Diacono,

(1) *Este prefacio es el de Calmet, á excepcion del análisis.* (2) Joan. i. 42. (3) Matth. xiii. 1. Luc. iv. 38. (4) Luc. v. 8. (5) Luc. ix. 28. Matth. xvi. 1. (6) Matth. xvi. 18. (7) Marc. xvi. 7. (8) Joan. xxi. 15. 16. 17. (9) Act. ii. 14. et seqq. (10) Act. iv. 1. et seqq. (11) Act. xiii. 1. et seqq.

I.
Compendio de la vida de S. Pedro desde su vocacion hasta el tiempo en que escribió esta epístola

fué S. Pedro á Samaria para darles el Espíritu Santo: Simon mago quiso comprar por dinero el don de poder conferir el Espíritu Santo; pero S. Pedro le repelió, y le arrojó de la Iglesia de Jesucristo.

Algun tiempo despues Dios manifestó á S. Pedro que queria abrir la puerta del Evangelio á los gentiles; esto lo supo el apóstol por una vision que tuvo en Joppe de un lienzo lleno de toda clase de reptiles que Dios le dijo que comiera y matara (1). Dió pues, el bautismo á Cornelio (2), y no tuvo ya dificultad en comer y tratar con los gentiles, ó predicarles. Fué muy luego á Antioquia (3), donde estableció su primera silla. Vuelto á Jerusalem hacia el año 37 de la era cristiana vulgar, fué á verle allí S. Pablo para tributar su respeto á la dignidad que tenia de primer apóstol; permaneció quince dias en su compañía, y no vió a ninguna otro apóstol sino á él y á Santiago, hermano del Señor, porque los otros habian ido á predicar el Evangelio en diversos parages.

S. Lucas no nos dice nada mas de S. Pedro hasta su prision en el año 44 de la era cristiana vulgar; y así puede colocarse entre el año 37 y el 44, lo que la historia de la Iglesia nos dice (4) de su predicacion á los judios repartidos en el Ponto, Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia, y despues fué á Roma para establecer allí su silla.

II.
Tiempo en que se escribió esta carta, y a quien fue dirigida.

Estaba en aquella ciudad cuando escribió su primera epistola; mas como se cree que hizo muchos viages, no se puede decidir precisamente si esto sucedió antes del año 44, en que estaba sin duda en Jerusalem, al tiempo de la fiesta de Pascua, y donde fué preso por Herodes Agripa (5), ó si fué en otro viage que hizo á la propia ciudad.

Lo cierto es, primero: que entónces se daba el nombre de *crístianos* en las provincias á los discipulos de Jesucristo (6), lo cual comenzó, segun S. Lucas (7), por la iglesia de Antioquia; y que esto no pudo ser sino en el año 43 de la era cristiana vulgar: segundo, que S. Marcos estaba con él, y no habia ido todavía á predicar á Egipto, lo cual se cree no haber sucedido sino hacia el año 49; tercero, las iglesias de Asia, Ponto, Galacia y Bitinia, á quienes escribe, eran numerosas, y padecian mucho de parte de los judios incrédulos y de los gentiles (8). Por último, S. Pedro dice aquí que se acerca el tiempo en que Dios va á comenzar su juicio por su propia casa (9); y esto parece indicar las venganzas que iban á estallar sobre la nacion Judia, y la ruina próxima de Jerusalem. Por tanto se puede poner la data de esta epistola entre el año 45 y el 50 de la era vulgar, sin decidir no obstante nada absolutamente sobre este punto.

Como S. Pedro era el apóstol de la circuncision, así como S. Pablo lo era de los gentiles, dirige principalmente su epistola á los Hebreos, de que acabamos de hablar, que habian abrazado la fe en

(1) Act. x. 9. 10. et seqq. (2) Act. x. 47. 48. (3) Hieronym. in Galat. n. Christost. tom. 5. homil. 12. Vide Concil. tom. 2. p. 209. et tom. 5. p. 143. etc. (4) Euseb. l. i. c. 1. p. 71. Hieron. de Viris Illust. c. 1. Leo Magn. serm. 8. (5) Act. xi. 1. et seqq. (6) 1. Petr. iv. 16. (7) Act. xxi. 26. (8) 1. Petr. i. 6. 7. et n. 29. 21. et seqq. iv. 14. 18. et seqq. (9) 1. Petr. iv. 17. 18.

las provincias; lo cual no impide, segun S. Agustin (1) y algunos comentadores modernos (2), que hablé tambien con los gentiles convertidos que estaban mezclados con aquellos; y se eré notarse ciertos rasgos y advertencias que parece no poder referirse sino á los gentiles que habian abrazado la fe; por ejemplo, lo que dice (3) de que ellos antes de su conversion estaban sumergidos en toda clase de desordenes y en la idolatria; que amaban á Jesucristo, aunque no lo habian visto, &c. sin embargo, creemos con otros muchos (4), que aquí no hay nada que no pueda explicarse con facilidad solamente de los Judios convertidos á Jesucristo. (Este pensamiento es de Calmet).

El objeto principal del Apóstol es confirmar en la fe á los fieles á quienes escribe, sostenerlos en medio de las adicciones y persecuciones que sufrían, manifestar que estaba perfectamente de acuerdo con S. Pablo en la sustancia de la doctrina, y en refutar los errores de Simon y de los nicolaitas que pretendian que la fe sola sin las obras era suficiente para salvarse. Esta epistola puede dividirse en doctrina y exhortacion. La primera comprende los doce primeros versiculos, y se halla tambien esparcida en algunos otros lugares, cuando funda sus preceptos en razones tomadas de los misterios de la fe. S. Pedro manifiesta la excelencia incomparable de la herencia celestial á que son llamados los fieles, y las razones sólidas que estos tienen para esperar como fin y fruto de su fe, aquella felicidad, cuya posesion se les ha abierto, segun los profetas, desde la venida del Señor (5). La exhortacion ocupa todo lo demas hasta el fin. El Apóstol habla primero en general á todos los cristianos, inclinándolos á conservar con cuidado la pureza y la inocencia de sus almas, como las recibieron en el bautismo (6); á mortificar sus pasiones, á edificar á los infieles con buenos ejemplos, á estar sujetos á las potestades temporales (7). Habla luego de las condiciones particulares, comenzando por la de los esclavos, para sacarlos del oprobio y menosprecio que se hacia de ellos en el mundo; y señala sus deberes (8). Expone despues los de las mugeres y sus maridos (9). Pasa á los deberes comunes á todas las condiciones (10). Se dirige á todos aquellos á quienes escribe, los consuela de la persecucion que padecen (11). Les da algunos consejos generales (12). Añade á esto algunos particulares para los mártires (13), para los pastores (14), para los jóvenes (15) y para todo el pueblo (16). Concluye su carta con salutations (17), en que expresa que la Iglesia que está en Babilonia, los saluda. Con el nombre de *Babilonia* denota á Roma, y esto dará lugar á una disertacion sobre el viage de S. Pedro á Roma.

Se observan en esta carta diversas semejanzas y expresiones iguales á las que se ven en S. Pablo; por ejemplo, sobre la predes-

(1) August. in Psal. cxlvi. et in Faust. lib. xxv. cap. 89. (2) Vide Est. praefat. D. Thom. Reda. Gloss. Litan. etc. Theod. praefat. apud Mill. pag. 523. (3) 1. Petr. ii. 10. 11. et iv. 3. 4. et i. 8. (4) Euseb. lib. iii. Hist. ecccl. cap. iv. Hieron. Catal. eg. Scriptorum Ecccl. Didymus. Oecumen. Cajet. Tietmann. Cyprian. lib. ii. de Inoc. ali. plures. (5) Cap. i. v. 12. (6) v. 13. ad finem. et cap. ii. v. 1-10. (7) v. 11-17. (8) v. 18. ad fin. (9) Cap. ii. v. 1-17. (10) v. 8-16. (11) v. 17. ad finem. (12) Cap. iv. v. 1-11. (13) v. 12. ad fin. (14) Cap. v. v. 1-4. (15) v. 5. (16) v. 5-9. (17) v. 10. ad finem.

III.
Objeto principal de esta epistola. Su analisis.

IV.
Observaciones sobre el

estilo de esta epístola y lengua en que se escribió.

tinación de Jesucristo, sobre los efectos de su muerte, sobre el bautismo; y se hallan tambien los mismos consejos á los obispos, y á los casados, y la misma atencion á recomendar á los fieles el espíritu de dulzura en los padecimientos, y la obediencia á los principes y magistrados. Grocio (1) encuentra en ella una fuerza, una vehemencia, un vigor dignos del principe de los apóstoles. Erasmo y Estio (2) reconocen que está llena de una magestad apostólica y que contiene grandes sentidos en pocas palabras.

Baronio ha conjeturado que esta primera epístola habia sido escrita en hebreo por S. Pedro, y traducida al griego por S. Marcos; pero se cree comunmente que fué escrita en griego, aunque dirigida á los Hebreos convertidos. Se hablaba el griego en todas las provincias en que aquellos estaban dispersos; y por otra parte S. Pedro cita siempre en esta epístola la Escritura segun la version de los Setenta. S. Jerónimo (3) observa en las epístolas de S. Pedro diferencia de estilo, de carácter y método; por lo que dice que S. Pedro se valia de diferentes intérpretes segun los encontraba, resultando así la diversidad de estilo. S. Márcos era su intérprete ordinario, y se sabe que estaba entonces con él en Roma, porque hace sus cumplimientos á los fieles á quienes escribe, cap. v. N. 13. Estos intérpretes no lo eran para traducir del hebreo ó del siriano al griego lo que les decian los apóstoles, sino para poner en mejor estilo lo que ellos les dictaban en griego ó en latin, segun eran inspirados, de suerte que el Espíritu Santo que les concedia el don de lenguas, no se los daba en toda la perfeccion y delicadeza de ellas, por razones que no podemos penetrar. S. Jerónimo, hablando de Tito, dice, que él ejercia estas funciones respecto de S. Pablo, porque este apóstol no podia llegar con su language ordinario á la magestad de las cosas divinas que le eran reveladas: *Qui divinarum sensuum majestatem digno non poterat graeci eloqui explicare sermone.*

Teruliano (4) y S. Cipriano (5) citan esta carta con el título de epístola á los de Ponto; *Epístola ad Ponticos*; porque estos pueblos son los primeros nombrados en la inscripcion. Erasmo (6) y despues Grocio (7), han creído que S. Pedro ántes de esta epístola habia escrito otra á los Judios convertidos, dispersos en las provincias de Asia; se fundan en estas palabras del cap. v. N. 12: *Me parece que os he escrito brevemente por medio de nuestro hermano Silvano.* Pero estas palabras se explican muy naturalmente de esta epístola misma que S. Pedro envió con Silvano, y que le parecia corta, como lo es en efecto respecto de la grandeza de la materia que contiene.

Por lo demas, esta epístola ha pasado siempre por canónica, como observan Orígenes (8), Eusebio (9), S. Jerónimo (10) y los otros

V.
Denominacion de esta epístola.
¿Es precedida de otra?
¿Es canónica?
Libros apócrifos con el nombre de S. Pedro.

(1) Grot. praef. in hanc epist. Habet haec epistola conveniens principi apostolorum.
(2) Erasmo. et Estius, praef. in epist. 1. Petri. Est autem epistola profecto digna apostolorum principe, plena auctoritatis et majestatis apostolicae; verbis parca, sententia refo-
(3) Hieron. epist. 150. quaset. in lib. in pag. 139. Duae epistolae quae feruntur Petri, stylo inter se, et charactero different, structurae verborum, ex quo intelligimus pro necessitate rerum diversis eum usum interpretibus. (4) Tertull. Scorpiac. cap. xii.
(5) Cyprian. lib. iii. cap. xxvi Testim. (6) Erasmo praef. (7) Grot. ad 1. Petr. v. 12.
(8) Orig. apud Euseb. lib. vi. cap. xxv. et in Joan. pag. 88. (9) Euseb. Hist. lib. iii. cap. ii. (10) Hieron. de Scriptorib. Eccl.

antiguos que la citan con frecuencia. La segunda epístola del Apóstol ha sido contestada por largo tiempo, como se verá en su prefacio. Se han atribuido á S. Pedro algunos escritos apócrifos como un Apocalipsis, un Viage ó Itinerario, Actas, un Evangelio, un libro intitulado La predicacion, y otro que tiene por nombre El juicio de S. Pedro.

DISERTACION

SOBRE

EL VIAGE DE S. PEDRO

A ROMA.

Se habia creído sin dificultad hasta el siglo xvi de la Iglesia, que San Pedro estuvo en Roma, que allí escribió sus epístolas primera y segunda, que fundó y gobernó la iglesia de aquella capital, que allí murió, y que Roma es la que él designa con el nombre de *Babilonia*, cuando dice: *La Iglesia que está en Babilonia os saluda* [1]. Por esto y por las promesas hechas por Jesucristo á San Pedro, se habia reconocido generalmente en todo el mundo cristiano que Roma era la primera de las iglesias, el centro de unidad, y que los soberanos pontífices, sucesores de San Pedro, eran los gefes visibles del rebaño de Jesucristo. Los mayores enemigos de la santa sede no se habian atrevido á disputar su primado á Roma; y los paganos mismos convencidos por la voz pública y por el respeto profundo que le tenian todos los fieles, la miraban como la capital del mundo cristiano y la silla de la primera dignidad y de la autoridad mas alta entre los que hacian profesion de creer en Jesucristo. Tertuliano, siendo montanista (2), llama por burla al papa *el soberano pontífice*, es decir, *obispo de los obispos*, porque los católicos le daban estos títulos. Ammiano Marcelino [3], autor pagano, reconoce que la principal autoridad entre los cristianos reside en el obispo de Roma.

Desde las últimas heregias es cuando se ha comenzado á disputar sus prerogativas á Roma, su primado al papa, y se ha puesto en duda el viage de San Pedro y el establecimiento de su silla en Roma. El empeño que se ha contraído de sostener lo que se ha avanzado sobre estos puntos, ha hecho negar tambien que el nombre de *Babilonia* en esta epístola fué un término figurado que significa la ciudad de Roma; y se ha pretendido que debia entenderse de la verdadera Babilonia. ¿Pero cuál era esta? Por-

I.
Uniformidad de los antiguos sobre el viage de S. Pedro á Roma. Causa de la contradiccion de algunos modernos. Plan de esta disertacion.

[1] 1. Petr. v. 13. [2] Tertull. de pudicitia, cap. xiii. [3] Ammian. Marcell. lib. xv. cap. vii.

que hay mas de una ciudad con el mismo nombre. Sobre este punto se dividieron los autores protestantes, y todavía no están de acuerdo. Unos defienden que es la famosa, la gran Babilonia situada sobre el Eufrates en la Caldea; otros que es la Babilonia de Egipto, á donde pretenden que pasó San Pedro despues de haber fundado la iglesia de Alejandria. Esto lo examinaremos despues.

Para tratar con algun orden esta cuestion, que nuestros controversistas han discutido ya de tantas maneras, estableceré primero algunos principios; despues los aplicaré al hecho de que se trata; luego probaré el viage de San Pedro á Roma con los monumentos antiguos que nos quedan, y por último, procuraré satisfacer á las objeciones de los que le niegan.

II.
Principios
generales
que deben
servir de re-
gla en el
examen de
la cuestion de
que se
trata.

I. Es una regla de critica recibida por todo el mundo, que un hecho histórico referido por autores contemporaneos o casi contemporaneos, ilustrados y de buena fe, y no contradichos por ningun otro autor mas antiguo ó mas instruido, debe pasar por indudable.

II. Un hecho público y que interesa á toda la Iglesia, que ha sido creído y confesado por todos los fieles, y aun por los hereges y cismáticos durante quince siglos, debe ser admitido como cierto, aun cuando no se tuviese otra prueba ni otro monumento existente que aquel consentimiento y aquella tradicion, sobre todo, si se puede manifestar que se han perdido muchos libros, muchos monumentos y muchas historias, en que podia estar expreso formalmente aquel hecho.

III. En materia de hecho y de historia, no son los libros y los escritos los únicos que hacen fe, sino tambien los monumentos públicos, los sepulcros erigidos, las iglesias construidas, los privilegios, los bienes, y las prerrogativas concedidas en ciertos lugares, en ciertos pueblos, en ciertas comunidades. Esta clase de cosas son pruebas tan indudables como las historias mas auténticas.

IV. Es por decirlo así, de derecho de gentes y de fe pública, referirse á cada pueblo, á cada pais, á cada república, á cada ciudad en lo tocante á su historia, derechos y pretensiones, porque ¿quién puede saberlos mejor que él mismo, y quién tiene mayor interés en conservarlos?

V. En fin, para destruir un hecho asentado por historiadores contemporaneos ó casi contemporaneos, fundado en una posesion pacífica, y en la tradicion inmemorial de tantos siglos, en infinitos monumentos públicos, sepulcros, edificios, privilegios, establecido en la creencia de los pueblos; para destruir un hecho de esta naturaleza, se necesitan pruebas mas que comunes; se necesitan, por decirlo así, demostraciones históricas.

Ahora bien: el viage de S. Pedro á Roma es de la naturaleza de los hechos de que acabamos de hablar. Está asentado por Papias, discípulo de S. Juan Evangelista, por S. Clemente de Alejandria, Orígenes, Tertuliano y una infinidad de otros autores de los siglos segundo, tercero y siguientes; reconocido por los mismos enemigos de la Iglesia, testificado por veinte monumentos muy antiguos que han subsistido y subsisten todavía en la ciudad de Roma. Se muestran allí desde los primeros siglos los sepulcros de los apóstoles, el lugar de su

martirio, y las iglesias edificadas en su honor. Los pontífices romanos están en posesion desde S. Pedro y S. Pablo del primado en la Iglesia cristiana, y de las prerrogativas anexas á esta dignidad. Ella es su herencia, cuyos títulos y pruebas conservan y presentan. No se debe pues atacar estos hechos, ni disputar estos derechos á menos que se produzcan razones de una solidez, de una evidencia, de una certeza superiores á todo lo que acabamos de decir.

Podríamos asegurar que el viage de S. Pedro á Roma, está probado por S. Pedro mismo, quien indica expresamente que ha escrito su carta en *Babilonia*, es decir, en Roma, como lo explicamos con los antiguos. Esta prueba sola bastaria para cortar la dificultad; pero como ella está contestada, no podemos servirnos de ella, sin refutar primero lo que nuestros contrarios oponen á este pasaje. El apóstol, dicen ellos, denota expresamente que escribe en Babilonia; ¿por qué pues tomar sus expresiones en sentido figurado? ¿Se usa en cartas de un estilo sencillo y natural, como es la suya, emplear así maneras de hablar alegóricas y figuradas, sin haber preparado ántes el espíritu del lector? Aquí no se ve nada conducente á la figura, á la alegoría.

Se responde que S. Pedro podia tener mas de una razon para obrar así: 1.º Para no descubrir el lugar en que estaba. Teniendo por todas partes los apóstoles infinitos enemigos, era prudencia no exponerse temerariamente á la persecucion.

2.º El escribía á los hebreos convertidos al cristianismo, acostumbrados desde su juventud á ciertas expresiones proféticas y figuradas. Ellos expresaban por ejemplo, con el nombre de *Sodoma* una ciudad corrompida; con el de *Egipto* un pais enemigo y abandonado á la idolatría; con el de *Canaan* un pueblo maldito; con el de *Babilonia* una ciudad enemiga y sumergida en el desorden.

3.º Babilonia habia sido el lugar de la cautividad de sus padres, la capital del imperio de los Caldeos, los mayores enemigos que habian tenido los Judios, y los destructores de su monarquía. Roma era entónces tambien la senora de todo el mundo; los emperadores romanos habian reducido á provincia la Judea, y le habian quitado sus mas bellos privilegios: los fieles estaban expuestos al odio de los pueblos, y á las persecuciones de los emperadores; S. Pedro se hallaba en Roma; escribía á los judios convertidos en el Ponto, en Galacia, en Bitinia, en Capadocia, en Asia; era natural que se expresase como lo hace, y que les designase á Roma con el nombre de *Babilonia*, que le daban probablemente los Judios entre sí, pues en el Apocalipsis se lo da S. Juan (1) por confesion de nuestros contrarios (2), y consentimiento de los antiguos padres (3).

4.º Papias, discípulo de S. Juan evangelista, y que vivía en el segundo siglo (4), nos dice expresamente que S. Pedro escribió en Roma su primera epistola, y que esta ciudad es la que quiso designar de una manera figurada, diciendo: *La Iglesia que está en Babilonia y que ha sido escogida de Dios como vosotros, os saluda*. Yo sé que M. de Valois (5) ha referido el nombre de Papias citado por Eusebio,

[1] Apoc. xiv. 8. xvi. 19. xvii. 5. xviii. 2. 10. 21. [2] Lutero escribió un libro de la cautividad de Babilonia, queriendo notar la Iglesia romana. [3] Tertul. lib. ii. contra Marcion. cap. 13. Andraeus et Arethas in Apoc. xvii. Hieron. in Isai. xxv. xlviii. Et lib. ii. contra Jobin. August. etc. [4] Papias apud Euseb. Hist. eccles. lib. ii. cap. 24. see cap. 15. edit. Vales. [5] Vales. not. in eum Eusebii loc. *Obserua que Rufin* &

III.
Pruebas del
viage de S.
Pedro á Ro-
ma. Observa-
ciones sobre
el nombre
de Babilonia
donde S. Pe-
dro da su
primera epis-
tola. Con es-
te nombre
designa el
apóstol á
Roma. Auto-
res protes-
tantes que
reconocen el
viage de S.
Pedro á Ro-
ma.

no al pasaje que acabamos de referir, sino al precedente, que segun él, dice, que Papias testifica que habiendo ido S. Pedro á Roma, y combatido á Simon mago, los fieles de esta ciudad empenaron á S. Marcos á dejarles por escrito el Evangelio que S. Pedro les habia predicado. Mas aunque no tuviésemos el testimonio de Papias para la explicación del pasaje particular de la epístola de S. Pedro, le tenemos siempre para su viage de Roma, y para su calidad de apóstol y obispo de esta ciudad, que es el punto esencial de que se trata. Ademas, no se puede á lo ménos disputárenos el testimonio de Eusebio que habla conforme al sentir de los antiguos que le habian precedido, ó tambien de Papias ó de S. Clemente, á quien él cita inmediatamente ántes, y que entendian como el la ciudad de Roma en el nombre de *Babilonia*.

Por lo demas el mismo M. de Valois no puede dejar de manifestar alguna indignacion contra los que niegan que S. Pedro estuvo en Roma. No hay nada, dice, mas cierto, mas claro, mas autorizado en la historia eclesiástica que este viage: *Atqui nihil in tota Historia ecclesiastica illustrius, nihil certius atque testatius quam adventus Petri apostoli in urbem Romam*. Le testifican Papias, S. Clemente de Alejandria, S. Dionisio, obispo de Corinto en su carta al papa Sotero, el presbitero Cayo en su disputa contra Próculo; S. Ireneo, Origenes, y todos los posteriores á estos. Y añade: Los que quieren entender en el nombre de Babilonia la capital del imperio de los Asirios (ó mas bien, de los Caldeos) están refutados por el testimonio de todos los antiguos padres. Y no es una desvergüenza querer sostener lo que ninguno de los antiguos avanzó jamas! Que nos presenten los fastos de la iglesia de Babilonia: que nos hagan ver una serie de obispos de esta ciudad, como nosotros les mostramos una no interrumpida de los obispos de Roma. Esto dice M. de Valois.

S. Clemente de Alejandria (1) en su libro sexto de las Hypotyposes ó Instituciones, asienta que conducido Simon mago á Roma por el demonio, la Providencia llevó á S. Pedro á la misma ciudad, y este destruyó cuanto aquel seductor habia hecho, é hizo brillar la luz de la verdad. S. Ireneo (2), que tambien vivia en el segundo siglo, y habia visto á los discipulos de los apóstoles, reconoce que la iglesia romana ha sido fundada por S. Pedro y S. Pablo: *Maximae, et antiquissimae, et a gloriosissimis duobus apostolis Petro et Paulo Romae et fundatae et constitutae ecclesiae*

S. Dionisio, obispo de Corinto (3), que asimismo vivia en el segundo siglo, escribiendo á los Romanos, les dice que los apóstoles S. Pedro y S. Pablo habian predicado en Corinto y en Roma, y que habiendo ido á esta última ciudad, padecieron alli el martirio al mismo tiempo. Cayo, presbitero de la iglesia romana, que vivia en tiempo del papa Seferino (5), escribiendo contra Próculo, montanista, dice que puede manifestar á Roma los trofeos de los dos apóstoles S. Pedro y S. Pablo, fundadores de la iglesia romana: que el uno descansa en el Vaticano, y el otro sobre el camino de Ostia.

Mésculo lo han tomado en el sentido que hemos notado; y es cierto que lo han tomado de la misma manera la mayor parte de los que lo han citado. [2] Clem. Alex. apud Euseb. lib. ii. Histor. eccl. cap. xv. et xv. [3] Ireneo. lib. i. contra haereticos. [4] Dionys. Corinth. apud Euseb. lib. ii. Hist. eccl. cap. xxv. seu xxv. [5] Apud. Euseb. ibid.

Origenes (1) nos enseña que S. Pedro despues de haber predicado el Evangelio en el Ponto, Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia, fué por último á Roma, donde fué crucificado con la cabeza abajo, como él lo habia querido. Tertuliano en muchos lugares asienta que S. Pedro estuvo en Roma, que alli fué martirizado, que alli estableció su silla, y que alli ha tenido sucesores (2). Que los hereges, dice, nos presenten la serie de sus obispos, venidos hasta ellos por una sucesion no interrumpida desde los apóstoles ó los hombres apostólicos, pues así nos presenta Roma á Clemente ordenado por S. Pedro: *Edant origines ecclesiarum, et volvant ordinem episcoporum suorum ita per successionem ab initio decurrentem, ut primus ille episcopus aliquem ex apostolis, vel apostolicis viris, haberit auctorem et antecessorem; hoc enim modo Romanorum ecclesia Clementem a Petro ordinatum refert*. En otra parte (3) ensalza la felicidad y la gloria de Roma que los apóstoles S. Pedro y S. Pablo han ilustrado con su predicacion y regado con su sangre: *Ista quam felix ecclesia, cui tantam doctrinam apostoli cum sanguine suo profuderunt; ubi Petrus passioni dominicae adaequatur!*

S. Cipriano (4) reconoce que en la iglesia romana está la cátedra de S. Pedro, la principal autoridad, el centro de la unidad sacerdotal: *Ad Petri cathedram, atque ad ecclesiam principalem, unde unitas sacerdotalis exorta est*. Anobio (5), Agustinio (6), S. Ambrosio (7), S. Gerónimo (8), Eusebio (9), S. Agustin (10), Lactancio (11), Teodoro (12), Pablo Orosio (13), Optato de Milevio (14), S. Epifanio, S. Juan Crisóstomo, S. Atanasio, los concilios, ¡y qué necesidad hay de citarlos á todos por sus nombres, cuando es cierto que todos los antiguos enseñan que S. Pedro estuvo en Roma, que alli estableció su silla, y que alli padeció martirio, sin que ninguno haya dicho jamas lo contrario?

S. Clemente de Alejandria (15), hablando de esta expresion de la primera epístola de S. Pedro: *Marcos mi hijo os saluda*, dice que habiendo predicado S. Pedro á Jesucristo en Roma delante de algunos oficiales del emperador, estos rogaron á S. Marcos su discípulo, que les pusiera por escrito lo que S. Pedro les habia anunciado. S. Gerónimo (16) dice expresamente que este apóstol quiso designar á Roma con el nombre de *Babilonia*. Beda (17) dice lo mismo, como tambien Eucumenio y en general todos los antiguos comentadores de esta epístola.

Así pues nuestros contrarios no nos oponen ni el testimonio de las historias eclesiásticas, ni el de los padres, sino solo el pretendido silencio de la Escritura y algunas razones de conveniencia que les pa-

[1] Origen. tom. 3. Explan. in Gen. apud Euseb. lib. iii. c. 1. Hist. eccl. [2] Tertull. de Praescript. cap. xxxii. [3] Tertull. de Praescript. cap. xxxiv. Véase tambien Scorbis. cap. xv. et lib. iv. contra Marcion. cap. v. et lib. de Baptismo. [4] Cyprian. ep. 5. ad Cornel. Pap. [5] Arnob. lib. ii. [6] Hegesipp. de Excid. Jerusol. cap. 3. et cap. i. [7] Ambros. Sermon. de Basilicis haereticis non tradendis. [8] Hier. ep. 17. ad Marcell. et l. ii. contra Jovinian. et in Catalog. [9] Euseb. Hist. l. ii. cap. xii. xiv. xv. [10] Aug. de Haer. c. 1. et alibi non semel. [11] Lactant. Lib. cap. ii. [12] Theodoret. ep. 113. Haer. c. 1. et alibi non semel. [13] Paul. Oros. l. vii. cap. iv. [14] Optat. Milev. l. i. contra Paganos. [15] Clem. Alex. in Letician Cassiodori in l. Petr. v. Marcus Petri scetator, palam predicante Petro Evangelium Romae coram quibusdam Caesariensis equitibus, palam predicante Petro Evangelium Romae coram quibusdam Caesariensis equitibus, petitus haec, scripsit de his quae a Petro dicta sunt Evangelium. [16] Hieronym. Catalog. Vir. illust. in Marco. [17] Beda in l. Petri v. 13.

recen mas fuertes que el consentimiento unánime de los antiguos, de que ellos ciertamente harian gran caso, si fuese favorable á su pretension.

Pero no cometamos la injusticia de hacer decir á todos los protestantes sin excepcion que S. Pedro no estuvo en Roma. Pearson (1) ha probado lo contrario con toda la autoridad de la tradicion, y ha hecho ver que no se ha dudado jamas en la antigüedad, ni de que él fundó la iglesia romana, ni de que los papas fuesen sucesores suyos. Grocio (2) y despues Hammond, reconocen de buena fe que los antiguos entendieron á Roma en el nombre de Babilonia de que habla S. Pedro en su epistola; y Grocio declara expresamente que el está de acuerdo en este sentir, y que ningun cristiano ha dudado jamas de que S. Pedro estuviese en aquella famosa capital del imperio: *De Babylone dissident veteres et novi interpretes. Veteres Romanam interpretantur, ubi Petrum fuisse nemo verus christianus dubitabit; novi Babylone in Chaldaea. Ego veteribus assentior.*

Usserio (3) reconoce tambien con toda la antigüedad que S. Pedro y S. Pablo murieron en Roma en tiempo de Neron. Dice que el primero escribió allí su epistola segunda á los judios convertidos en el Ponto, Galacia, Bitinia y Capadocia, é insinúa que allí tambien escribió su primera epistola.

Chamier (4) confiesa que el consentimiento de los padres que creen el viage de S. Pedro á Roma, es muy respetable para atacarle con ligereza. Blondel (5) dice siempre que la iglesia romana ha sido fundada y establecida por S. Pedro y S. Pablo. Francisco Junio, Escaligero, Casaubon, Pedro de Moulin, Samuel Petit, Selden, Vedel y todos los que han trabajado sobre las epistolas de S. Ignacio, en una de las cuales que es la dirigida á los Romanos se dice: *Yo no os mando como han hecho Pedro y Pablo* (6), reconocen todos estos autores protestantes que S. Pedro estuvo en Roma. Patricio Junio en sus notas sobre la epistola de S. Clemente, dice que el martirio de S. Pedro en Roma es muy conocido para atreverse á ponerlo en duda; y Hammond (7) no cree que despues del testimonio de Cayo, presbitero de la iglesia romana, y de Dionisio obispo de Corinto, se pueda contestar aquella verdad.

Luis Capelle (8) conjetura que aquí debe entenderse bajo el nombre de Babilonia la ciudad de Jerusalem, que desde la muerte del Salvador ha venido á ser respecto de la Iglesia cristiana como una Babilonia espiritual por las violencias que cometa contra los santos y por la cautividad en que tenia á los servidores de Jesucristo que caian en sus manos. Este autor ha conocido bien todo el inconveniente de la opinion que toma en este lugar á Babilonia en su sentido literal é histórico, por la capital de la Caldea ó por Babilonia de Egipto cerca del Gran Cairo; pero no queriendo abandonar del todo la opinion de su partido, ha creído deber buscar á Babilonia en la misma Jerusalem, aunque esta ciudad se hallaba entónces exenta de idolatria y aun era todavía el asiento de la re-

[1] Pearson. Opera posthum. pag. 27. 31. 32. 43. [2] Grot. in 1. Petri v. 13.
[3] Usser. ad an. Christi 66. 67 [4] Chamier. Panstrat. t. 2. l. xii. cap. 4. [5] Blondel, del Primado, etc. pag. 14. 19. etc. [6] Ignat. ep. ad Roman. [7] Hammond. Dissert. 5. de episcopis et presbyteris, etc. [8] Lud. Capell. Histor. apostolorum.

ligion judaica, cuyas ceremonias practicaban los apóstoles mismos, como los Hebreos convertidos al cristianismo.

Julio Escaligero sobre la crónica de Eusebio, Saumaiso en su obra del primado del papa, M. de Marca en su libro *De Concordia imperii et sacerdotii* [1], y M. Basnage en su continuation de Josefo, sostienen que la Babilonia de que habla S. Pedro es la famosa ciudad de Caldea. Drucio, escribiendo sobre la epistola segunda de S. Pedro, cap. 11. Y 15, cree tambien observar algunas señales del language babilónico en esta epistola que se cree haber sido escrita en el mismo lugar que la primera. S. Pedro llama á Baham hijo de Bosor ó nativo de Bosor, en lugar de Pethor, cambiando la Phé en Beth y el Thau en Schin; ó hijo de Bear, mudando el Hain en Schin.

No convienen estos autores en que Babilonia estuviera entónces tan desierta como se pretende, ni que todos los Judios hubiesen salido de ella despues del suceso de Anileo y Asineo, y de los otros Judios que fueron despedazados por los de Seleucia [2]. Añaden que no hay ninguna prueba de que S. Pedro haya estado en Egipto ni fundado las iglesias de Babilonia, Egipto y Alejandria, sino que es muy natural que de Antioquia pasase al Oriente, y que estuviera en Babilonia donde habia muchos Judios. Se sabe ademas, sin que pueda dudarse, que aquel apóstol predicó en Bitinia, Galacia, Ponto y Capadocia, provincias muy vecinas al Eufrates, las que él pudo recorrer, ó al ir á Babilonia, ó al volver de esta ciudad para la Siria. Habla á los Judios de aquellas provincias como un padre á sus hijos, como un apóstol á sus neófitos; les habla de la tentacion de ellos y de su gozo, como quien estaba bien informado de todo, probablemente por las cartas que le habian escrito, ó por el trato que con ellos habia tenido. En su carta se dirige primero á las provincias mas cercanas á Babilonia, y concluye por las mas distantes. Y no solamente pasó por Babilonia, sino que permaneció en ella largo tiempo, pues en sus cartas se percibe que tomó algo del language de aquella ciudad. Esto es lo mas plausible que se dice á favor de esta opinion.

Los que están por la Babilonia de Egipto, exageran cuanto pueden la soledad y desercion de la Babilonia de Caldea, de donde los Judios habian sido expulsos; y como quieren hallar una ciudad que haya tenido realmente y no en figura, el nombre de Babilonia, no hallan otra que la de Egipto, en que suponen que habia entónces muchos Judios, y que S. Pedro fué á ella despues de haber predicado en Alejandria. Así trastornan unos lo que otros procuran establecer. Pero la verdad ocupa el medio, y ella sin fatigarse en buscar una Babilonia real, sostiene que no se trata sino de una Babilonia mística y figurada.

A la verdad, en el tiempo que escribia S. Pedro á los Judios convertidos, no podian entender ellos bajo el nombre de Babilonia, ni la de Caldea ni la de Egipto. Esta última era muy poco conocida, y lo era tal vez absolutamente para los Judios converti-

[1] Marca de Concord. parte 2. l. vi. c. l. n. 4. [2] Vide Joseph. Antiq. l. xviii. cap. ult.

Respuestas á los argumentos de los que pretenden que Babilonia, donde S. Pedro data su primera epistola, no es Roma sino Babilonia de Caldea ó de Egipto.

dos del Ponto, Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia, á quienes dirigió su epístola. Babilonia de Egipto habia sido fundada cuando Cambises se hizo dueño del Egipto (1). Algunos Persas á quienes permitió este príncipe establecerse en el pais, la edificaron y la hicieron su habitacion. En tiempo de Estrabon (2) era una fortaleza importante en que los Romanos mantenian una de las tres legiones destinadas á la guarnicion de Egipto. No hallamos en ninguna parte que hubiese habido entonces en aquella ciudad cristianos ni Judios, y ninguno de los antiguos ha dicho que S. Pedro predicase ni estuviese allí, y ademas no se conocen obispos de la misma ciudad en el espacio de muchos siglos. El primer obispo que se conoce de Babilonia de Egipto segun M. Spanheim (3), es Ciro, cuyo nombre se halla en la primer acta del concilio de Calcedonia. Segun Baronio lo fué Zozimo, á quien cita Sofronio, en tiempo del imperio de Justino el jóven, que reinó en el siglo quinto. ¡Y es creíble que una iglesia fundada por S. Pedro hubiera estado tanto tiempo en la obscuridad? Si S. Pedro hubiese querido hablar de esta ciudad á los Judios á quienes escribia, hubiera debido designarla con algun epíteto, porque naturalmente cuando ellos oian el nombre de Babilonia debian dirigir su atencion á la gran Babilonia de Caldea, que estaba mas cercana á su pais, que era mas conocida en su historia y muy célebre por las desgracias de su nacion.

Ahora esta célebre ciudad se hallaba entonces en un estado tal, que no se puede pensar que de ella escribiese S. Pedro á los fieles de las provincias vecinas. No era, por decirlo así, mas que un monton de ruinas. Plinio (4) dice, que la proximidad de Seleucia la habia en cierto modo agotado y reducido á soledad: *In solitudinem rediit exhausta vicinitate Seleucia: ad id conditas á Nicanore*. Estrabon dice que estaba enteramente desierta; y Diodoro que solo una parte de ella estaba habitada. Ademas los Judios habian sido obligados á salir de Babilonia en el reinado mismo de Cayo, poco antes del imperio de Claudio su sucesor, en que se escribió esta epístola. Josefo (5) refiere por extenso este acontecimiento. Dice que los Babilonios habiendo pasado á cuchillo á Anleo, Judío rebelado, y á su tropa, atacaron á los Judios de Babilonia que no sintiéndose bastante fuertes para resistirles, se retiraron de Babilonia á Seleucia, donde permanecieron durante cinco años en bastante tranquilidad. Pero al cabo de este tiempo, herida de la peste la ciudad de Babilonia, se vieron precisados los Judios que habian quedado en ella á retirarse á Seleucia, en la que les sucedió la mayor de todas las desgracias; porque los Siroes y los Griegos que poblaban esta ciudad y que hasta entonces habian estado siempre en guerra, se reconciliaron; y la prenda de reconciliacion fué la destruccion total de los Judios refugiados en aquella ciudad, destruccion que casi se resolvió y ejecutó á un mismo tiempo. Perecieron en Seleucia mas de cincuenta mil Judios. Los que pudieron salvarse de Babilonia y Seleucia (porque estas dos ciudades les eran igualmente enemigas) se retiraron á Neerda y Nisibe, donde se creyeron mas seguros que

[1] Joseph. Antiq. l. ii. cap. v. pag. 65. [2] Strabo, lib. xvii. [3] Spanheim Dissert. de temere creditis Petri in urbe Nicanore profectio, art. 4. [4] Plin. lib. vi. cap. xxvi. [5] Joseph. Antiq. lib. xviii. c. ultimo.

en otra parte. Estas circunstancias no son á la verdad favorables para los que opinan que S. Pedro se hallaba entonces en Babilonia, y que allí habia una iglesia de cristianos bastante numerosa.

Por otra parte, no hay la menor prueba de que S. Pedro pasase jamas el Eufrátes ni residiera en Babilonia: de lo cual no dicen una palabra ni la Escritura ni los historiadores eclesiásticos. ¿Por qué pues, asegurar un hecho como esto sin prueba ninguna, y por qué abandonar el sentir comun de los Padres y de los intérpretes que entienden por Babilonia la ciudad de Roma? Los Judios convertidos, á quienes el apóstol escribia, no pudiendo entender que fuese ni la Babilonia de Caldea ni la de Egipto, como se ha manifestado, debian recurrir naturalmente al sentido figurado, y explicarle de la ciudad de Roma, en la que se hallaban muchos caracteres de conformidad con la antigua Babilonia, enemiga de los santos y asiento de la idolatria y de la corrupcion de las costumbres.

El pasaje de que aquí se trata, no es del número de aquellos cuyo sentido ha podido quedar vago y desconocido durante muchos siglos, como otros varios que tienen por objeto cosas especulativas y poco interesantes para el comun de los lectores. Este llama desde luego la atencion de todo lector; y la curiosidad natural excitada á preguntar al instante, si debe tomarse á la letra ó en sentido figurado; si S. Pedro estuvo realmente en Babilonia, ó si escribió esta epístola en Roma, y designa esta ciudad con una expresion alegórica; este era uno de aquellos hechos de que es natural desear instruirse, cuyo esclarecimiento es fácil y al alcance de los mas simples, y que es imposible olvidar, cuando se ha sabido una vez. Ahora bien, observamos que los antiguos nos dicen que Babilonia en este lugar significa Roma, sin manifestar la menor diversidad de opiniones, ni la menor duda sobre este punto. Nosotros mismos, al leer esta epístola entramos desde luego como naturalmente en este modo de pensar. Se debe pues, concluir que es una tradicion recibida del apóstol mismo y de sus discípulos, y que los modernos ya no tienen derecho de combatirla, no teniendo á su favor ni razones ni autoridad. Por otra parte, nada hace conocer mejor la incertidumbre de su hipótesis, que el poco acuerdo que hay entre ellos, no digo en algunas circunstancias ligeras, sino en el objeto principal de la dificultad. Se ha visto la diferencia de sus dictámenes, y aun hoy están desunidos sobre este artículo. Pues bien, la verdad es una, y el mas sensible de sus caracteres es la reunion de sentimientos en reconocerla y sostenerla. Todos los Padres y los comentaristas desde los primeros siglos hasta estos últimos tiempos han creído y enseñado sin contradiccion que la Babilonia de que se habla en la epístola primera de S. Pedro, era Roma. Luego este es el único sentido verdadero de este pasaje.

Es superfluo el objetarnos algunos escritores católicos, como Marca, de quien ya hemos hablado, Juan Bautista Mantuano, Miguel Cezeñas, Marsilio de Padua, Juan Aventino, Juan Lelando, Carlos de Moulin, y tal vez algunos otros que han manifestado alguna duda sobre esto. Estas son dadas producidas á la ventura, y únicamente fundadas en las razones de los protestantes que acabamos de

V.
Respuestas á las objeciones que los mismos autores forusan contra la opinion comun.

examinar, y que son tales que no han podido satisfacer á los mas racionales de su mismo partido.

Se forman todavia contra nosotros algunas otras objeciones; por ejemplo, que los antiguos no están de acuerdo sobre el año en que ponen la llegada de S. Pedro á Roma. Luego este hecho, dicen, no les era conocido con claridad; era, se dice, una tradicion sin fundamento, una preocupacion sin pruebas. Lactancio (1) dice que fué S. Pedro á Roma en tiempo de Neron; Eusebio (2), S. Gerónimo (3), Adon y otros muchos, suponen que fué en el segundo año de Claudio; Paulo Orosio (4), al principio del reinado del mismo principe, aunque se sabe, á no poder dudar, que estaba en Jerusalem en el segundo año ó aun en el cuarto de Claudio por la fiesta de Pascua (5), y que el rey Agripa le hizo poner allí en prision, de que fué librado por un ángel.

Ademas muchos antiguos (6) suponen que fué obispo de Roma por espacio de veinte y cinco años; y sin embargo se sabe con certeza que estaba en Jerusalem cuando se celebró el concilio de aquella ciudad en el décimo año de Claudio (7), y que poco despues de este concilio fué á Antioquia, donde se juntó con el S. Pablo (8). Este apóstol que escribió muchas de sus cartas en Roma, (9), no hace mencion de S. Pedro en ningun lugar; lo que no hubiera dejado de hacer si S. Pedro hubiera estado allí, como se pretende. El Apóstol escribió á los Romanos en el año cuarto de Neron. S. Pedro debia estar entónces en Roma, segun la hipótesis de los que opinan que fué obispo de aquella ciudad durante veinte y cinco años. S. Pablo hace una larga enumeracion de las personas que saluda, y ni siquiera nombra á S. Pedro: luego no estaba en aquella capital. S. Lucas, en las Actas, no dice una palabra que insinúe haber estado jamas S. Pedro en Roma.

Cuando S. Pablo llegó á la misma ciudad en el año sexto de Neron, 60 de Jesucristo, los cristianos salieron á recibirle; pero S. Pedro no suena ni en el recibimiento, ni despues de su llegada para consolarle y defenderle. Habiendo ido á verle los primeros de la sinagoga de los Judios, le suplicaron que les dijese lo que era el cristianismo, «porque sabemos, le decian, que esta secta es contraria, dicha y combatida por todos lados: *Nam de secta hac notum est nobis, quia ubique ei contradicitur* (10).» ¿Yes creible que hablaran así de la religion cristiana si S. Pedro hubiera estado en Roma desde el principio del emperador Claudio, y establecido allí su silla? Por último se nos dice que S. Pedro y S. Pablo se habian repartido la obra del Evangelio, de suerte que el primero no debia predicar sino á los Judios, y el segundo á los gentiles: *Cum vidissent quod creditum est mihi Evangelium praeputii sicut et Petro circumcisionis.... dectras dederunt mihi et Barnabae societatis, ut nos in gentes, ipsi autem in circumcisionem* (11). Luego S. Pedro no debió predicar en Roma, que era una ciudad toda pagana; un campo destinado á S. Pablo. Añádase que el emperador Claudio habia ex-

[1] Lactant. de morte persecutorum. [2] Euseb. in Chronico. [3] Hier. Catalog. in Petro. [4] Paul. Oros. l. vii. c. vi. [5] Act. xii. 3. 4. et seqq. [6] Pontificatus de Damasci, Beda. Isidor. Hispal. Ado. sili. [7] Act. xv. 1. et seqq. [8] Galat. ii. 11. [9] *Las epistolas á los Colosenses, Filipenses, Efesios, y la segunda á Timoteo.* [10] Act. xxviii. 22. [11] Galat. ii. 7. 9. Vide Salmas. de Primatu Petri.

pedido á los Judios de Roma en el año noveno de su reinado, 49 de Jesucristo, ó algunos años mas tarde. Asi S. Pedro no ha podido ni debido permanecer allí despues de aquel tiempo, porque no le era permitido, y su presencia era inútil, como que los cristianos circuncidados que no se distinguian entónces de los Judios, fueron expulsos como estos.

Tales son las objeciones que me parecen mas fuertes contra la opinion que hemos sostenido hasta aquí, pues las otras dificultades que se nos oponen, no merecen la pena de ser contestadas. Se puede responder en general á las respectivas á la cronologia, y á las diversas opiniones de nuestros autores ó historiadores sobre el año de la venida de S. Pedro á Roma: 1.º Que la Iglesia no adopta ninguna de estas épocas ni opiniones en particular, y que soló se interesa en sostener la verdad del hecho del viage de S. Pedro á Roma. Pero que haya ido dos ó mas veces, que haya llegado en el primero, segundo, tercero, ó cuarto año de Claudio, estos son pormenores que abandona á las investigaciones de los cronologistas.

2.º No hay ninguna oposicion entre los que hacen ir á S. Pedro á Roma en el año segundo de Claudio, y los que dicen que fué al principio del reinado de este principe. El segundo año no es el principio de un reinado que duró trece años, ocho meses y veinte dias! Podia estar en Jerusalem en la Pascua del segundo año de Claudio y llegar á Roma al fin del estio del mismo año. En esto no hay ninguna contradiccion.

3.º Cuando se dice que S. Pedro tuvo su silla en Roma por espacio de veinte y cinco años, no se quiere sostener esto con tenacidad, ni es cosa que confiesa todo el mundo. Pero aunque quisiera sostenerse, no por eso se pretende que durante aquellos veinte y cinco años haya estado siempre residiendo en Roma, de donde pudo salir con frecuencia, y emprender durante aquel intervalo diversos viages á Oriente y Occidente, segun las necesidades de la Iglesia y la inspiracion del Espiritu Santo. Asi nada impide que haya estado en Jerusalem en el cuarto año de Claudio, y que siete años despues presidiera el concilio celebrado allí sobre la necesidad de las ceremonias legales, sin dejar no obstante su silla de Roma, así como los obispos no se juzga que dejan sus sillas, cuando por necesidad de la Iglesia son obligados á ausentarse para asistir á los concilios. Ahora, desde el segundo año de Claudio hasta el décimo tercero de Neron, que es el de la muerte de S. Pedro, hay casi veinte y cinco años.

4.º Acaso tampoco hay necesidad de insistir tanto en estos veinte y cinco años; el P. Mabillon cita (1) un catálogo muy antiguo de los pontifices romanos desde S. Pedro hasta Vigilio, donde se lee: *Petrus sedit annos xx, menses ii dies iii*. Segun este cálculo S. Pedro no habria ido á establecer su silla en Roma sino en el año 47 de la era cristiana vulgar, séptimo del reinado de Claudio.

Sea lo que fuere, la diversidad de opiniones que se notan en los antiguos y en los modernos sobre el año de la llegada de S. Pedro á Roma, nada prueba á favor de nuestros contrarios. Se deben distin-

[1] Mabill. Analect. veter. Paris. 1723, pag. 213.

guir dos cosas en esta disputa, de las cuales una es capital y la otra accesoria. La primera es que S. Pedro hizo verdaderamente el viage á Roma la segunda, que le hizo en tal ó cual época, que permaneció allí mas ó ménos años, y que pasó por esta ó aquella ciudad. Los antiguos convienen unánimemente en el primer hecho; pero pueden estar divididos sobre el segundo, sin que por eso padezca alteracion el artículo esencial. ¿Se dudará de la muerte de Jesucristo porque los antiguos han variado acerca del año en que sucedió? Las variedades en las circunstancias que suponen el hecho son mas propias para afirmarle que para destruirle.

Ademas, habiendo estado S. Pedro una vez en Roma desde el reinado de Calígula hasta el fin del de Neron, en cuyo tiempo murió, hay medio de conciliar los diversos pareceres. Pudo ir S. Pedro á Roma al principio del reinado de Claudio, es decir, en el segundo año de su reinado, segun Eusebio, S. Gerónimo y Orosio, y aun en el duodécimo ó décimo tercero año de Neron, poco tiempo antes de que sufriese el martirio. En efecto, muchos antiguos nos enseñan que fué á Roma para combatir á Simon mago, y que puesto en prision con S. Pablo, fueron ambos coronados con el martirio en el año 67 de Jesucristo, décimo tercero del reinado de Neron.

Que S. Pablo escribiendo á los Romanos no faya hecho ninguna mencion de S. Pedro, como tampoco en las cartas que escribió despues, cuando estaba en Roma, no es de extrañar, por ser muy posible que S. Pedro no estuviese allí actualmente cuando S. Pablo escribia, ó que estuviera en otro cuartel de aquella gran ciudad, ó que las personas á quienes el Apóstol escribia, no tuviesen relacion ninguna particular con S. Pedro.

En cuanto á que los Judíos de Roma que fueron á ver á S. Pablo en su alojamiento ó en su prision, le diesen que deseaban oír su parecer sobre la secta de los cristianos, y que solo sabian que era contradicha en todas partes, esto no tiene dificultad. Quienes hablan son Judíos no convertidos, que no conocen propiamente el cristianismo sino de nombre, que estaban llenos de las ideas falsas que los Judíos de Judea les habian dado de él por sus cartas y por sus calumnias. Como S. Pablo llegaba de aquel pais y se le conocia por un hombre muy ilustrado, estaban deseosos de oírle y de saber lo que eran los cristianos de quienes se horrorizaban todas las sinagogas. Habia en Roma muchos fieles convertidos tanto del judaismo como del paganismo, segun aparece de la epístola que S. Pablo les escribió poco ántes; pero estos fieles no se congregaban en la sinagoga de los Judíos, y es muy probable que la carta que S. Pablo les habia escrito no fuese conocida de los Judíos no convertidos, y que estos no estuviesen instruidos de las disposiciones de S. Pablo, ni de los progresos que habia hecho en el cristianismo, ni de las causas que le conducian á Roma, como lo declaran ellos mismos: *Nos neque litteras accepimus de te a Judea; neque adveniens aliquis fratrum nuntiavit, aut locutus est quid de te malum* (1).

Quando se habla del repartimiento de la predicacion del Evangelio entre S. Pedro y S. Pablo, de suerte que el primero no debia pre-

[1] Act. xviii. 21.

dicar sino á los Judíos, y el segundo á los gentiles, se ignoran los verdaderos sentimientos y la práctica de los dos apóstoles. Ambos predicaban á los Judíos y á los gentiles, y se sabe que convirtieron y bautizaron un gran número de unos y otros. ¿S. Pedro no bautizó á Cornelio y á toda su casa (1), y no declaró en el concilio de Jerusalem que habia mucho tiempo que Dios le habia escogido para anunciar á los gentiles la palabra del Evangelio y conducirlos á la fe (2)? ¿Y S. Pablo en todos sus viages no comenzaba siempre por predicar á los Judíos cuando los hallaba? Y despues pasaba á los gentiles si encontraba entre ellos cabida para el Evangelio (3). S. Pedro se dedicaba principalmente á los Judíos, pero sin abandonar á los gentiles: S. Pablo al contrario dedicaba sus principales cuidados á la conversion de los gentiles, pero sin abandonar á los Judíos.

Mas aun suponiendo que S. Pedro se limitase á los Hebreos solos, tenia en Roma con quienes ejercer su celo, porque allí habia un número muy crecido de Judíos. Despues de la muerte de Heródes el grande, doce mil Judíos se juntaron con los cincuenta diputatos que se enviaron de Jerusalem á pedir que la Judea fuese libre de la dominacion de los reyes (4). Filon (5) asegura que en tiempo de Calígula la mayor parte de la ciudad, mas allá del Tiber, estaba ocupada por los Judíos. En el reinado de Claudio lo habia en tanto número, que este principe no atreviéndose á expelerlos por temor de algun tumulto, les prohibió simplemente el congregarse (6). Por último los expelió, segun se cree, en el año noveno de su reinado, con motivo de las turbaciones continuas que causaban en la ciudad á causa del cristianismo (7).

S. Pedro salió de allí entónces probablemente con los otros: pero esto no impide que volviere en tiempo de Neron. Este principe no fué contrario á los Judíos, sino solo á los Cristianos. Quando S. Pablo llegó á Roma en el año sexto de Neron, halló un crecido número de Judíos y de Cristianos (8). S. Pedro y S. Pablo fueron ciertamente á Roma por última vez al fin del reinado de este emperador, y fueron allí coronados con el martirio, como nos lo enseñan todos los antiguos.

No hablo del silencio de S. Lucas en las Actas, del que se quiere sacar una prueba contra el viage de S. Pedro á Roma, como si el santo evangelista se hubiera propuesto darnos la historia de S. Pedro, á quien él parece haber perdido enteramente de vista para no dedicarse mas que á S. Pablo, desde el capitulo décimo sexto de las Actas.

M. Spanheim (9) entra en un largo pormenor para hacer observar que se han esparcido muchas fabulas sobre el viage de S. Pedro á Roma; que se muestran en esta ciudad, y otras varias de Italia, un gran número de monumentos, iglesias, lugares consagrados por su presencia; que se honra á muchos obispos de ciudades famosas que se cree haber sido sus compañeros de viage. El reune muchas circuns-

[1] Act. x. 47. 48. [2] Act. xv. 6. 7. 8. 9. [3] Act. xiii. 46. Vobis oportebat pri- mum loqui verbum Dei: sed quoniam repellitis illud, et indignos vos iudicatis aeter- nas vitas, ecce convertimur ad gentes, etc. [4] Joseph. Antiq. lib. xviii. cap. 12. p. 610. [5] Philo. Legat. ad Caes. [6] Dio. l. vi. Hist. [7] Sueton. in Claudio: Judo- rum impulsore Christo assidue tumultuantes Roma expulsi. [8] Act. xxviii. 17. 18. etc. [9] Spanheim. Disertat. de temere credita Petri in urbem Romanam profectio, art. I. et 2.

tancias de tiempo y de lugar, dudosas ó fabulosas, para procurar hacer sospechosa ó aun derribar enteramente la creencia de este viage. Pero no se duda de que haya tambien bastante equidad para observar que nuestros sabios no adoptan estas fábulas ni estas circunstancias dudosas, ni todo lo que la tradicion popular enseña sobre esta clase de cosas. No se habrian inventado estas particularidades tan poco dignas de respeto y consideracion, si el viage no hubiera pasado por indudable. Si las malas tradiciones y las falsedades añadidas á las acciones célebres de Jesucristo y de los apóstoles fueran razones suficientes para hacernos abandonar las historias auténticas, ¿dónde estaríamos hoy en medio de tantas fábulas con que los siglos de ignorancia han envuelto las verdades mas ciertas y los hechos mas incontestables? El uso verdadero de la critica no es desecharlo todo, sino escoger, distinguir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, los hechos históricos indudables de las circunstancias poco seguras con que se les ha querido hermosear ó obscurecer.

Para hacernos sospechosa la ida de S. Pedro á Roma, y la interpretacion que damos al pasaje que forma el principal objeto de esta Disertacion, se procura debilitar la autoridad de los primeros autores que nos la han comunicado. Se dice que Papias era un genio pequeño, un hombre sencillo y crédulo; se refieren algunas de sus tradiciones cuya incertidumbre se pondera. Se hace cuanto se puede para hacernos dudar de que el pasaje de S. Ignacio mártir, obispo de Antioquia, sea verdadero y de que sea suya la epístola que escribió desde Esmirna á los Romanos. Se habla de S. Ireneo y de S. Clemente de Alejandría, de Tertuliano y Orígenes como de gentes muy crédulas, poco exactas, que han caído en diferentes errores, tanto en hechos como en doctrinas. Se reunen con cuidado las faltas que han cometido, y se concluye de ellas que les han podido tambien faltar exactitud, critica y luces en este pasaje y sobre este punto, como en tantos otros que se les echan en cara.

Pero de buena fe, ¿qué modo es este de responder á la autoridad de los padres? Si los padres de los tres primeros siglos son personas sin crédito, sin autoridad, crédulas, simples, y que caen en errores manifiestos, ¿de quién aprenderemos nuestra religion? Los protestantes que no quisieran reconocer por maestros sino á los padres de los tres primeros siglos, ¿cómo se aseguran de su testimonio en materia de dogma y de doctrina, si son tales padres tan poco circunspectos en materia de fe y de historia? Muchos dogmas de nuestra religion tienen tanta conexión con los hechos, que no pueden separarse. Si los Ignacios, los Clementes de Alejandría, los Orígenes y los Tertulianos, no bastan para apoyar un hecho, si ellos no son buenos testigos, ¿á dónde se irán á buscar mejores, mas graves, mas ilustrados, mas santos, de mejor fe?

Pero es cierto, se dice, que ellos se han engañado en varias cosas. Eran hombres, lo confieso; pero que se justifique con pruebas reales y de hecho, que se han engañado verdaderamente aquí, y no se reduzca la objecion á este pésimo argumento: Se han podido engañar en esto como en otras cosas; luego se han engañado. Muéstrase, pruébese su error ó su inadvertencia, y convendremos en él; pero si no se hace, su autoridad es para nosotros de muy gran

peso, principalmente cuando se trata de un hecho publico, conocido, célebre, interesante, sencillo, y de gran consecuencia para la religion y la disciplina de la Iglesia, á fin de saberse dónde reside la principal autoridad, y cuál silla debe considerarse como centro de la unidad; en fin, un hecho en que todos unánimes convienen, aunque varien tal vez en algunas circunstancias poco importantes y que no alteran en nada la sustancia.

De todo lo dicho se puede concluir, que el viage de S. Pedro á Roma es un hecho cierto é indudable, fundado en el testimonio de toda la antigüedad y en el de muchos sabios criticos, aun de los protestantes; que el pasaje de la epístola primera de S. Pedro, en que se dice que la escribió en *Babilonia*, no debe entenderse ni de la Babilonia de Caldea, ni de la de Egipto, ni de Jerusalem, sino de la ciudad de Roma, como lo entendieron los antiguos, y que todo lo que se opondrá a este sentir tan seguro, tan general, tan bien apoyado, apenas merece respuesta, porque no son mas que argumentos negativos ó variaciones de circunstancias, que no tocando al hecho esencial, le dejan siempre intacto.